

# Comunicación, ciencia y sociedad.

## El reto de la mediación como procomún

Desde la aprobación de la declaración de Bolonia, las universidades europeas vienen tratando de concebir y adaptar los sistemas de docencia, ordenamiento académico y certificación profesional al espacio de integración económica de la Unión Europea. Las exigencias de convergencia del Espacio Europeo de Educación Superior y los retos de las crecientes demandas formativas han impuesto, como consecuencia, la definición de nuevas estrategias y políticas científicas, formalizando y dando coherencia interna a la organización de los trabajos que históricamente han venido articulando la ciencia y el conocimiento aplicado en la modernidad.

Tras el Consejo de Lisboa, la ciencia y la tecnología han sido identificadas como vectores estratégicos de la UE. La innovación en una economía del conocimiento, y la propia consecución de los objetivos declarados en Lisboa, exige de la economía y del sector público universitario un esfuerzo de anticipación inteligente de iniciativas de progreso para la promoción del saber y la socialización de los beneficios y resultados de la actividad investigadora.

Concebida como "mercado común" de la innovación, a imagen y semejanza del mercado de bienes y servicios, la divisa de la ciencia y la tecnología, de la investigación y del desarrollo aplicados son hoy así concebidos, en la UE y otras economías avanzadas, un ámbito estratégico de las políticas públicas en tanto que "anunciado" motor de la denominada "nueva economía". Así viene señalándose en los sucesivos programas institucionales de la Comisión Europea, y es predicamento común en los documentos oficiales de la política científica de nuestro país y en los foros de expertos sobre la materia, donde una y otra vez se insiste en lo que podríamos considerar *nuevos lugares comunes* de la política de I+D. La constatación de este hecho no por obvia debe ser considerada de poca importancia. Primero, porque está teniendo, de hecho, consecuencias directas en la actividad diaria de la investigación. Los grupos e investigadores debemos hoy hacer frente a la exigencia de implantación de una cultura innovadora abierta al cambio, así como al

tiempo tratar de abrir un diálogo fructífero con industriales, responsables políticos y grupos de interés, además de con el conjunto de la población, directa o indirectamente afectada por el intercambio de ideas y la proyección pública de las políticas científico-técnicas.

Tradicionalmente, el sistema de investigación ha operado sobre la base de la hipótesis de que la ciencia, a partir de una autonomía necesaria, genera conocimiento que, a medio y largo plazo, es aplicable socialmente, transformándose en utilidades, más allá de los intereses e instrumentación de los usuarios finales. Pero en la nueva Sociedad de la Información, tal autonomía no es posible, el conocimiento científico no puede ser imaginado al margen de la sociedad ni al margen de los efectos o consecuencias sociales que derivan de sus aportaciones y resultados de investigación. Antes bien, instituciones especializadas como las universidades deben procurar, por todos los medios, componer redes de intercambio que vinculen sus trabajos a los usuarios, públicos y privados, a fin de garantizar la pertinencia de sus programas y resultados académicos, a fin de certificar, en otras palabras, la función de servicio público originaria.

Ahora bien, desde la crítica fundamental de la Escuela de Frankfurt a esta deriva de la sociedad de consumo, sabemos, por la experiencia anticipatoria de Estados Unidos y el funcionalismo sociológico, que el conocimiento, en el capitalismo tardío, es un instrumento de desarrollo al servicio del proyecto de expansión y acumulación del capital. Es por ello que resulta inevitable repensar las mediaciones que tienen lugar en la comunicación entre Ciencia y Sociedad, dada la importancia y repercusiones que ello tiene en la política y la vida universitaria ordinaria, más aún desde el Sur de Europa, en Andalucía, o, en general, desde una Epistemología del Sur y una posición periférica, considerando los intereses de poder y dominio que gobiernan hoy la UE y en general las exigencias de Comunicación Pública de la Ciencia. Sólo en este marco es, a nuestro entender, comprensible, de forma productiva, una remediación que dé sentido al proyecto ilustrado de socialización del conocimiento en la era de la Revolución Científico-Técnica magistralmente analizada por Mandel. Pues la ciencia y la sociedad civil mantienen en la UE unas relaciones cuando menos paradójicas. En el VI Programa Marco (2002-2006), Bruselas definió, por ejemplo, las condiciones estructurales del Espacio Europeo de Investigación insistiendo en la necesidad de la promoción de relaciones armoniosas entre la ciencia y la sociedad en virtud de un diálogo informado y abierto entre investigadores, industriales, ciudadanos y responsables públicos. El objetivo: acercar la investigación a la sociedad dando lugar a condiciones propicias para la adopción de decisiones políticas acordes con las necesidades sociales, las preocupaciones de la población y el progreso general del conocimiento. Una prioridad en este sentido viene siendo desde entonces tratar de vincular el trabajo de los investigadores a cuestiones sociales prioritarias, abordando temas como la ética pública, la igualdad de género, la integración de minorías o aspectos de especial sensibilidad y demanda social de la población. Más aún cuando, como reconoce Bruselas, la ciencia y la tecnología se han situado en el corazón de la economía y del funcionamiento de las instituciones y procesos de organización social, influyendo en algunos casos positivamente en la vida

de los ciudadanos comunitarios, mientras la población sigue demandando la resolución de problemas vitales acuciantes por parte de los científicos. La realidad práctica de los criterios de asignación y presupuesto de la política de I+D europea, y de su proyección en las políticas nacionales de los Estados miembros, ha caminado sin embargo en dirección contraria, prevaleciendo los criterios de rentabilidad, eficacia e interés empresarial, por encima de cualquier otro parámetro o consideración, marginando de hecho los estudios sociales y humanísticos y desde luego las demandas sociales de la población. Paulatinamente, los intereses económicos, fundamentalmente financieros y comerciales, están determinando de hecho el progreso del conocimiento, llegando a cuestionar incluso los valores y principios que distinguen la actividad de la comunidad científica y, de forma indirecta, las formas de vida y convivencia social.

En este contexto, se torna pertinente o cuando menos necesario repensar las relaciones y criterios de organización de la ciencia, la tecnología y la sociedad, a fin de comenzar a definir estrategias y programas específicos en materia de política científica, máxime cuando el alcance de las transformaciones en curso y la complejidad constitutiva de la crisis civilizatoria que vivimos cuestionan las bases del pensamiento científico y de la Academia apuntando la necesidad de nuevas lógicas conceptuales y otros estilos de investigación con las que representar y cambiar el mundo, alterando de raíz las históricas relaciones establecidas en el mundo moderno entre cultura, economía y democracia.

Las fracturas e incertidumbres que acompañan al cambio tecnológico representan, sin duda alguna, una oportunidad de desarrollo para la construcción de otro mundo y de otra comunicación posible, considerando la apertura de espacios y procesos para repensarnos y dar voz a culturas, minorías, y actores sociales excluidos e históricamente sometidos a la condición de periferia en los márgenes de la *subalternidad*. En este proceso, cabe cuestionarse qué presencia actual tiene la Academia en los movimientos de democratización de los códigos culturales y los sistemas de comunicación en el cambio social que experimentan los países de diversas regiones del mundo. Pensar crítica y prospectivamente la Universidad que necesitamos, de lo general y abstracto a lo concreto y local, y viceversa, se torna hoy, en tiempos de libre comercio, un ejercicio sin duda complejo al tiempo que necesario y perentorio.

La aceleración de los cambios y mudanzas estructurales exigen un ejercicio reflexivo de doble articulación, una práctica discursiva, en fin, de doble sentido, si hemos de procurar el cambio social. Pues en la era global, con la emergencia de la Sociedad de la Información y del Conocimiento, pensar productivamente la relación entre sistema formal de enseñanza y sistema productivo, no puede proponerse de otro modo que articulando este bucle recursivo, a fin de evitar los lugares comunes que gobiernan las políticas públicas y los discursos de los propios agentes educativos. Entre otras razones que justifican nuestro punto de vista, cabe señalar el hecho de que nuestra era, la del Capitalismo Cognitivo, viene marcada por la conversión de la cultura y el trabajo creativo en un recurso estratégico de las políticas internacionales de desarrollo, al concentrar la producción inmaterial –esto es,

el conjunto de las actividades de gestión, almacenamiento, distribución y organización del acceso a los bienes simbólicos- la función centralizadora de acumulación en el ciclo de valor transnacional del capitalismo. De hecho, ya no es posible, hoy por hoy, plantear una política educativa sin considerar la instancia de la comunicación y las nuevas tecnologías digitales. Pues asistimos a un proceso de subsunción del sistema universal de educación sin precedentes en la historia moderna que, con las nuevas máquinas de procesamiento de información y conocimiento, atraviesa y repercute poderosamente en la institución formal de enseñanza, un sector por cierto históricamente al margen de la administración directa del Capital y que, paradójicamente, hoy, como bien saben en Chile, o actualmente en España, por razones históricas, reproduce y funciona como campo promisorio de acumulación y concentración de capital, siguiendo los designios de antiguos horizontes y planteamientos de partida que alumbraron las iniciativas de renovación pedagógica de organismos internacionales como la OCDE, el BM o el FMI, por no mencionar los discursos parafascistas del Documento de Santa Fe que inspiraron los designios de la era Reagan en algunos países de la región.

Como resultado de esta orientación directamente mercantil, privatista y consumidora de la función básica de la socialización cultural y la educación, las políticas educativas han experimentado una transformación significativa en las dos últimas décadas en las formas de acceso y reproducción del capital cultural.

Por ello, conviene recordar que si la retórica ha de primar sobre la lógica, si la razón no es algo más que una forma discursiva o, en términos de Foucault, si no es posible una forma de saber que, más allá del régimen de conocimiento y su economía política, no reproduzca las formas asimétricas y conocidas, social e históricamente, de poder dominantes en cada régimen de verdad, modernizar la Universidad no es otra cosa que repetir la historia como farsa. Por ello, quienes pensamos que es necesario un esfuerzo de "pensamiento negativo" sobre el modelo de mediación y comunicación de la ciencia, es preciso, en fin, comenzar preguntando cuestiones impertinentes que, en estos tiempos de pensamiento único, parecieran impensables, a saber: ¿Para qué y por qué comunicar públicamente la ciencia ? ¿ Desde dónde ? ¿ Con quién y para quién ?

Tal razonamiento nos sitúa ante el escenario lógico de la realidad social y las posibilidades alternativas existentes. Pero conviene subrayar que tales cuestiones se plantean hoy en un contexto de despolitización y acriticismo genérico que, de facto, ignora o elude pensar consecuentemente evidencias como que la globalización contemporánea tiene lugar dentro de la de estructuración asimétrica de los procesos de configuración de la Sociedad del Conocimiento. No todas las culturas ni grupos sociales tienen acceso por igual a los recursos e insumos informativos, por lo que, en una situación radicalmente desigual, no pueden eludirse los problemas de equidad y pertinencia de las políticas públicas que promueven el uso de las nuevas tecnologías o la "interdependencia cultural" en una situación de explotación y dominio de las culturas periféricas de acuerdo a lo que Boaventura Sousa Santos critica como injusticia cognitiva.

La profundización del análisis crítico de las asimetrías y desniveles culturales en la globalización debe servir, en este sentido, para un análisis interno de las relaciones de poder que el propio ejercicio de la formación de las élites tiene actualmente, evaluando el sentido y voluntad emancipadora de la enseñanza e investigación social; cuestiones éstas olvidadas en las últimas décadas por el culturalismo y el neofuncionalismo empirista hegemónicos.

Si Max Weber hace tiempo que pensó la relación entre el político y el científico como una forma paradigmática de la modernidad, hoy esta relación debe ser reformulada repensando el habla y la escucha del intelectual, su función como dispositivo, en fin, de reflexividad, reconfigurando nuestra tarea como el arte de profesionales de la *atenta escucha*. Aprender a ESCUCHAR es quizás la tarea más importante que un Académico puede aportar a sus conciudadanos, pues es la base de la democracia, del diálogo como convivencia. No hay solidaridad ni libertad posible sin atender al OTRO, sin oír ni aprender a escuchar... esta es la base de toda ciudadanía... y de la REPÚBLICA... del lugar común que exigen los Derechos Humanos entendidos desde una Ética de la Comunicación... desde el pensamiento dialógico... Y éste es el reto de la Universidad del presente-futuro.

Frente a la lógica de la Universidad MUSEO, y la expropiación de la biopiratería que alientan nuestras Universidades por omisión, es el momento de defender la idea de que, hoy más que nunca, es precisa la materialización de una lógica generativa de la actividad investigadora que pasa por comprometerse en un modelo de mediación democrático, participativo y autogestionario, basado en una cultura del desarrollo dialógica, culturalmente dinámica e inspirada en el lenguaje de los vínculos. El reto de la Universidad y la actividad investigadora debe ser, en este sentido, propiciar formas de intervención y apropiación de los medios para la expresión y desarrollo social de las minorías culturales.

Quizás para quienes pensamos en el conocimiento como un proceso socrático de adquisición del saber tendamos a sobrevalorar esta cualidad, pero sin duda, en el denominado *modo de información*, en la Sociedad Global del Conocimiento, en el actual Capitalismo Cognitivo, los afectos, la conversación, las redes cooperativas, el diálogo, la creatividad humana compartida constituye sin duda la principal fuente de productividad y progreso. Una lógica bien distinta a la que prima en la Universidad del Mercado.

Ahora que se habla de organizaciones inteligentes, de CREATIVIDAD e INNOVACIÓN, palabras fetiche del nuevo mercantilismo de las políticas de Calidad Total, nuestras organizaciones parecen no estar dispuestas a aprender, ni a interpretar, esto es, a saber LEER y ESCUCHAR, incapaces de una ADAPTACIÓN CREATIVA, al negar la opción diligente de la estrategia de la sospecha - mirar y ver, oír y escuchar, atreverse a abandonar los confortables territorios, burbujas, familiares, donde todos los códigos son ya conocidos para explorar caminos propios - por exigencias de la norma estándar de evaluación y homologación del mercado de las acreditaciones. Frente a esta inercia o deriva institucional, la Universidad del Presente-Futuro, la utopía educativa de nuestro tiempo debe cultivar una forma de institución y de gobierno de la Comunicación Pública de la Ciencia que procure en todo

momento el habla como una forma de escucha, definiendo, como diría el Subcomandante Marcos, una Universidad que trata de Mandar Obedeciendo en sus formas de producción y socialización de la inteligencia colectiva al servicio público y de los intereses colectivos.

En este contexto, la necesidad de articular proyectos comunes de excelencia, de impulsar la investigación innovadora en contacto con las organizaciones sociales, el tejido productivo y la población, colaborando internamente entre grupos e investigadores, es una exigencia cada día más prioritaria. Las experiencias de definición de redes de cooperación científica y académica demuestran que la unión de voluntades entre científicos, ciudadanos e instituciones públicas y privadas fortalece el desarrollo y progreso comunes. No olvidemos nunca que todo progreso concreto exige, en justa correspondencia, un esfuerzo combinado y sistemático de ordenación y organización del conocimiento. Sólo la acción común, un trabajo coordinado y la voluntad de cooperación en el impulso y desarrollo del conocimiento garantizan, parafraseando a Castoriadis, la permanente voluntad de progreso y superación. Pero ello pasa por aprender a COMUNICAR la CIENCIA. Paradójicamente, un empeño poco o casi nada ponderado en el campo, pese a la centralidad que hoy adquiere este ámbito disciplinar.

Esperamos y deseamos que la lectura del presente número monográfico de REDES. COM contribuya a alentar las relaciones intersectoriales y académicas entre Comunicación y Ciencia, aportando lecturas y fuentes para favorecer los puentes y lazos de contacto entre la investigación comunicacional y las demandas sociales.

Tenemos por delante el reto de construcción de una nueva ciudadanía. Y más aún, un nuevo modelo de Facultades de Comunicación y de la Ciencia, en general.

FRANCISCO SIERRA CABALLERO

EDITOR

fsierra@us.es